



BIBLIOTECA

rones y quimeras, montados unos sobre otros, churriguerescas tenas y otros adornos, asusta al que pasa por debajo, haciéndole temer el desprendimiento de la monstruosa mole y que le caiga encima vaciada el Arca de Noé. —Muy diferente impresión produce el arruinado palacio del Duque de Granada, cuyo aspecto hace deplorar que no subsista de su antigua gala decorativa más que la preciosa reliquia que aquí ves de una fachada que debió ser una joya de arquitectura gótica del xv (1).

Había en la población varios conventos de construcción regia: D. Teobaldo II fundó á mediados del siglo xiii, esto es, en la época más brillante de la arquitectura ojival, dos, uno de Franciscanos y otro de Dominicos, los dos institutos más útiles y civilizadores de su tiempo. El de San Francisco, cuya iglesia subsiste abierta al culto, fué cedido al Ayuntamiento, juntamente con el del Carmen, para establecer en ellos Escuela y Hospital; el de Santo Domingo, que se hallaba extramuros, cerca de la fortaleza-palacio, fué mandado derribar por D. Carlos *el Malo* porque perjudicaba á la defensa de dicha fortaleza en la guerra que aquel monarca sostenía con D. Pedro IV de Aragón.

Saliendo de la ciudad, al otro lado del puente por donde hemos entrado en ella, á mano izquierda, existían hace algunos años (no recordamos haberlas visto en nuestro último viaje) las ruinas de la iglesia Clavería de *San Nicolás*, de la jurisdicción de Roncesvalles. Tenía tres preciosos ábsides románicos, como los más bellos de las basílicas de Segovia, que tan notables son; pero con la circunstancia, muy poco frecuente, de ser poligonal el del centro y los laterales de tambor. En su interior advertimos pilares de sostenimiento cilíndricos, como los de la iglesia de Santiago, y, cosa más rara todavía que el ábside de planta poligonal, bóvedas de cuarto de cañón en las naves colaterales: precioso ejemplar, y único que hemos hallado en toda Navarra,

(1) Véase la fotografía que la representa, que lleva equivocadamente el epígrafe *Ventana de una casa del conde Guindulain*.



del sistema que se empleó en cierta época del período románico, cuando se hacían tentativas para contrarrestar los empujes de las bóvedas de la nave mayor antes de la invención del arbotante. — Lo que sí hemos visto en nuestra exploración última, y hacia aquel mismo paraje, ha sido un feo y prosáico caserón, sin arte alguno, torpemente escuadrado en su ventanaje, que se estaba *perpetrando* para alojar en él no sabemos qué comunidad, menos afortunada por cierto que los verdaderos *fraticelli* (no los falsos y heréticos) de seis siglos atrás, en cuanto al albergue que se les destina.

Una vez en Sangüesa, ¿quién regresa á Pamplona sin visitar la cuna de uno de los más grandes santos del instituto de Ignacio de Loyola? Sólo dista de aquí el castillo de Javier unas dos horas, y aunque el camino es de montaña, pedregoso y malo, nuestro buen posadero, Cipriano Labay, está pronto á suministrar nos caballos y espolista para que no desperdiciemos tan buena ocasión. No hay en el mundo hombre más complaciente que el dueño de la posada de Oronoz: él hace milagros por servir á sus huéspedes, y no sólo vence los imposibles en su obsequio, sino que los agasaja patriarcalmente sentándose á su mesa cuando comen ó cenan. Esta familiaridad, que no sería tolerada en una fonda de Madrid, se permite, y aun la agradece el viajero, siempre necesitado de protección, en un pueblo como Sangüesa. Mercéd, pues, á la de nuestro posadero Labay, mi amigo Iturralde y yo tuvimos, á pesar de las faenas de la vendimia que tenían secuestrados todos los cuadrúpedos de la comarca, dos regulares jacos y el correspondiente guía para trasladarnos al histórico castillo. — Era nuestro espolista un mozo bien dispuesto, resuelto y jovial, que había hecho la última guerra de voluntario en las filas carlistas, y más charlatán que un sacamuelas, por lo cual muchas veces, durante el camino, engolfado en la relación de los reencuentros en que había tomado parte, se olvidaba de nuestros caballos, poco duchos en los senderos de aquella santa peregrinación, y los dejaba desollarse los menudillos en los

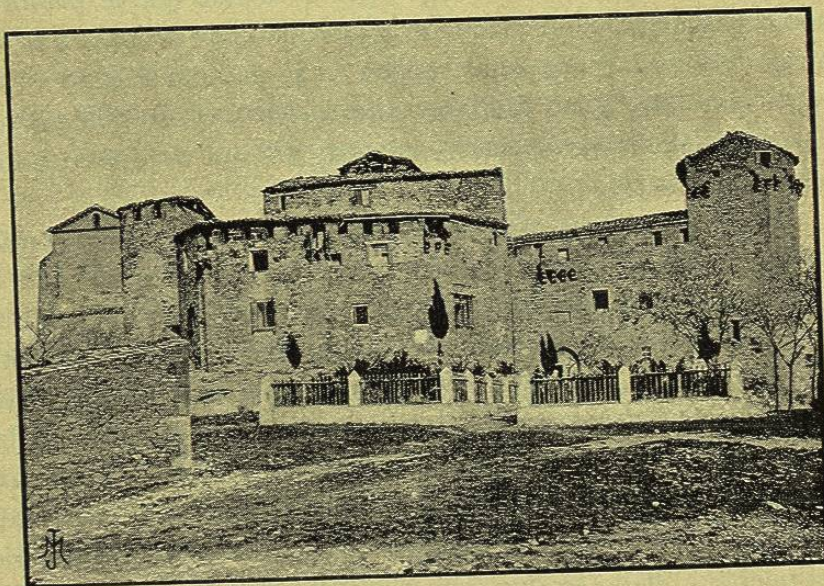
movedizos pedruscos y meterse por las resbaladizas calvas de los convexos peñascos, mientras él iba delante hablando y salvando obstáculos, ágil como un ciervo. Pero en fin, triunfantes de aquellos trancos y barrancos llegamos á Javier, triste y solitario lugar metido en un pobre vallecito de un rincón de Navarra, dominado por la desnuda y adusta sierra de Leyre, que le sirve al norte de infranqueable barrera, y defendido en la margen izquierda del río Aragón por el castillo que le presta el nombre. Bajamos derechamente al jardinillo que da paso á la señorial fortaleza, que apenas retiene de su antiguo destino el aspecto exterior, y no fué larga nuestra estancia en ella porque desgraciadamente es poco lo que hay allí que ver, aunque ese poco valga mucho.

Voy á describirte este castillo, benévolo lector, completando las notas que mi amigo Iturralde y yo tomamos en él con la vista fotográfica que aquí te doy, con otra más extensa que debí al obsequioso administrador de aquella posesión, y con dos exactísimas vistas pintadas á la acuarela que me ha proporcionado el noble dueño (1). Conforme se llega de Sangüesa á Javier, este castillo se presenta al viajero por el lado de mediodía: sírvele de fondo la sierra, pelada y grisienta. Unos raquíuticos árboles en primer término, señalan la bajada desde el cementerio del pueblo al llano en que está el castillo. Á la izquierda se ve el ruín caserío de Javier, y la parroquia, separada de éste por la cañada que baja al río. Al frente está el castillo, al cual precede un pequeño jardín con su verja, por medio del cual pasa formando calle con postes á uno y otro lado la calzada que conduce á la placeta donde está la entrada principal. Hállase ésta, con puerta de arco apuntado de dovelas de descomunal tamaño (obra de fines del siglo xv), en un viejo muro liso y macizo, que ostenta sobre ella á grande altura un voladizo sostenido en robustos matacanes, defensa de esta entrada en los pasados

(1) El Excmo. Sr. conde de Guaqui.



tiempos. Á la derecha descuella un gran torreón poligonal, que sólo conserva de su antigua fisonomía feudal restos de matacanes cerca de su coronación y adheridos á los ángulos. Á la izquierda se levanta el cuerpo principal del castillo, gran masa de cal y canto, de planta asimismo poligonal, sin más accidentes de casa fuerte que los tres matacanes, que se destacan muy distantes unos de otros, en su plano central y en sus ángulos.



JAVIER.—CASTILLO

Hoy, no reparando en estos accidentes, ni siquiera ofrece aspecto de fortaleza esta colosal mole, la cual, sin el feo tejado que desfigura su coronamiento, y guarnecido éste de almenas en toda su extensión, presentaría en la Edad-media un conjunto, si no magnífico, severo é imponente.—Sigue á la izquierda otro vistoso torreón, sin fisonomía peculiar.

La vista del lado norte, que mira al río y á la sierra, nos presenta el muro del castillo en forma poligonal de seis planos iguales, sin más accidentes que sus garitas de vigía, dos en cada

cortina, y una ventana de construcción moderna en el centro. Por los costados asoman, á la izquierda el torreón alto que flanquea la puerta, y á la derecha otros cuerpos salientes, descollando sobre la mole central otras construcciones, acaso modernas, sin carácter determinado. Tampoco por esta parte tiene el castillo de Javier aspecto de fortaleza en su fábrica, aunque sí en su implantación, porque es su base la peña viva de la colina sobre la cual se enseñoera.

Veamos ahora el exterior desde su patio, el cual forma como una media luna contornando la casa fuerte. Al entrar, casi se tropieza con un robusto torreón, en que se ve desde luego el pensamiento de extremar la defensa del castillo aun después de superada la resistencia opuesta al enemigo en la entrada: porque este torreón tiene por base la peña, la cual, socavada en su mismo nacimiento para poder albergar combatientes, se halla sostenida por robustos sillares. Dejando á mano izquierda el cuerpo del castillo erigido sobre la peña, se llega al fin del patio ó pequeña plaza de armas, si así queremos llamarle, y se encuentra uno enfrente de dos grandes y gallardos arbotantes de ladrillo, de construcción relativamente moderna, que unen el fuerte con una capilla del siglo xvii, donde se supone estuvo antiguamente la caballeriza, y por debajo de los cuales se entra en una especie de zaguán de forma irregular, que ocupa en parte una ancha y curva escalinata de piedra, la cual conduce al piso principal del castillo. Antes de subir á éste y penetrar en su interior, entremos en la capilla donde la piadosa tradición coloca la cuna del *Santo Apóstol de las Indias*, Francisco Javier (1). En

(1) Escribía á este propósito el docto obispo D. José Oliver, en una interesante carta dirigida al P. Provincial de la Compañía de Jesús, con motivo de su visita á Javier: *Del lugar ó aposento en que nació el Santo, sólo se conserva una vaga memoria, que tradicionalmente ha llegado hasta nosotros, y es que la madre de San Ignacio dió á luz á su hijo cerca de la escalera del castillo, en un sitio que se ignora lo que sería. Pues bien, para mí es lo más probable que fué la caballeriza, donde en bajando la escalera del castillo, el señor de él montaba su brioso corcel y atravesaba rápidamente el patio murado para salir á lances de guerra ó recorrer sus campos.*